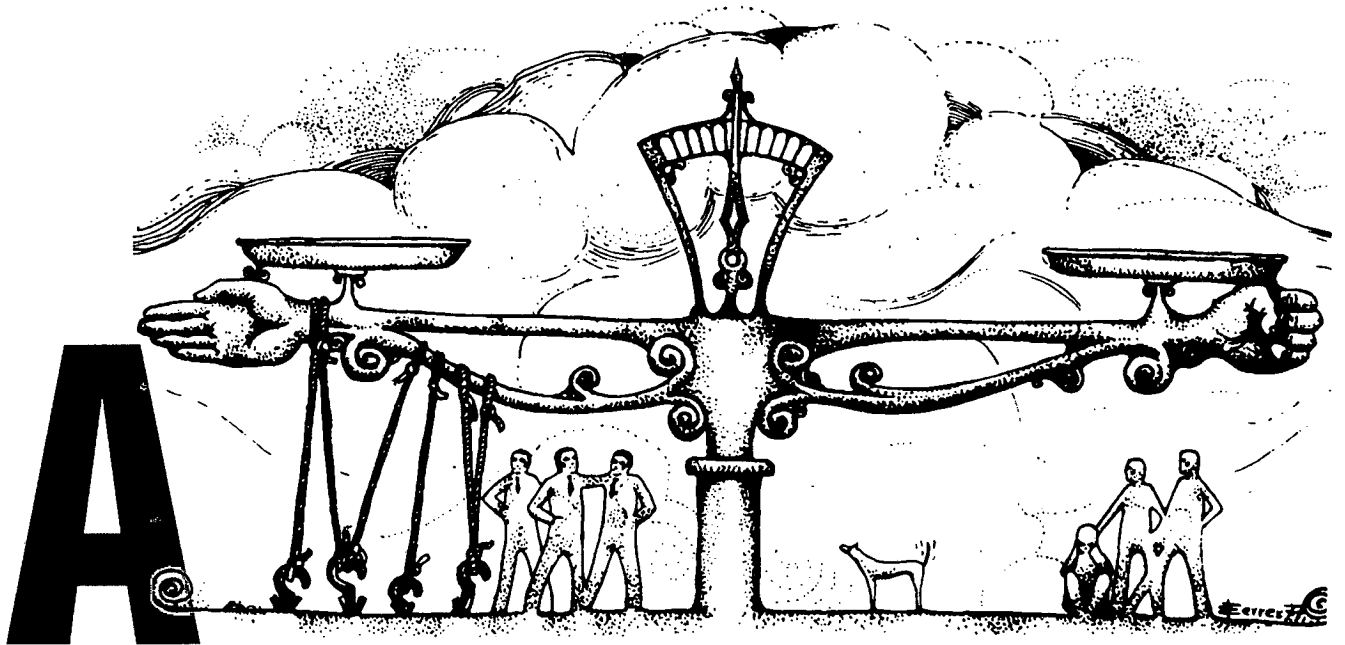


# Seguimos avanzando

# hacia la ingobernabilidad

.....

JOSÉ VIRTUOSO



pocos meses de las próximas elecciones nos encontramos con candidatos que aspiran a gobernarnos sin proyectos claros y sin consensos sociales expresos que sustenten sus aspiraciones, con un electorado disperso en sus preferencias y sumergido en un contexto económico y social de alta incertidumbre. En la calle reina la desesperación y la frustración de mucha gente que tiene sus esperanzas cifradas en la aventura electoral. El gobierno juega un peligroso juego espasmódico que se caracteriza por impulsos y no por una política coherente que asegure la estabilidad del próximo período. Los signos del camino indican que seguimos avanzando hacia la ingobernabilidad.

## LA GOBERNABILIDAD DEMOCRÁTICA

La gobernabilidad democrática es el conjunto de condiciones necesarias para que se pueda ejercer un gobierno democrático en la sociedad. No basta con elegir el cuerpo de gobernantes, tal y como está previsto en los próximos meses, es necesario asegurar que el gobierno electo pueda acometer la difícil tarea de conducir a la sociedad venezolana en el contexto de crisis en que nos encontramos hacia la felicidad pública. En este sentido, gobernabilidad democrática significa que quien gobierna posee legitimidad formal y real. Es decir, que la sociedad ha constituido un

cuerpo de gobernantes gracias a un proceso electoral en cuyos resultados cree y confía. Pero eso no basta, para que la legitimidad sea completa es necesario que los gobernantes investidos formalmente de autoridad posean el respaldo de un acuerdo programático de acción, enmarcado dentro del ordenamiento institucional y jurídico vigente, que goce del consenso de la población. En los tiempos de normalidad y estabilidad del populismo democrático de partidos bastaba con una identificación genérica entre candidatos y electores porque estaba claro qué se podía esperar. En nuestro contexto, esta variable ha cambiado significativamente. Un acuerdo programático de acción que

## **El juego social está paralizado. Y eso se debe a la ruptura de relaciones entre fuerzas sociales y actores políticos en donde cada quien está encerrado en sus propios intereses y alianzas, al margen y de espaldas al conjunto**

reposa sobre el consenso de la población en tiempo de crisis, requiere que se prioricen objetivos y metas y que se diseñe un futuro previsible sobre la base de estrategias con una gran dosis de metamorfosis en las prácticas y representaciones sociales de comportamiento habitual. Consensos de este tipo sólo son el resultado de muchas negociaciones que han pasado por la prueba del conflicto y la disidencia.

Otro componente de la gobernabilidad democrática es que el gobernante posea mecanismos reales para procesar los conflictos y disidencias de tal manera que la acción de gobierno pueda incorporar las dinámicas sociales reales sin que amenacen su estabilidad o que dispersen su orientación y sentido. En la Venezuela actual esta condición para gobernar requiere ser establecida y recreada en un ambiente en donde el sistema político en cuanto sistema de relaciones y comunicación se ha roto provocando una constelación de intereses encontrados. Se requiere una voluntad positiva de los actores y fuerza políticas vigentes para que se establezcan nuevos mecanismos de conciliación.

Finalmente la gobernabilidad requiere una estructura estatal que permita que la acción de gobierno se pueda canalizar adecuadamente. En Venezuela el Estado impide y no facilita la acción de gobernar. Por lo que el clamor de la reforma de sus estructuras es una prioridad urgente, sin embargo su ritmo ha sido de marchas forzadas. La descentralización en gobernaciones y alcaldías y la nueva dinámica que ella trae consigo sobre el conjunto de la sociedad, la reforma de áreas vitales de prestación de servicios públicos como la salud y la educación, la reforma del sistema judicial, el ajuste del gasto fiscal a las prioridades políticas establecidas y a los in-

gresos reales, son todos procesos que en el mejor de los casos están apenas incoados y cuya resolución definitiva es requisito fundamental para que la maquinaria estatal sirva a los fines de dirección de la sociedad. Garantizar gobernabilidad requiere pensar en las estrategias necesarias que permitan al gobierno futuro gobernar con un Estado ineficiente que debe reacomodarse a las circunstancias.

De todo lo anterior surge entonces una pregunta crucial: ¿Por qué no hacemos lo mínimo indispensable para asegurar la gobernabilidad futura inmediata?

### **UN JUEGO PARALIZADO**

Creo que hay una respuesta general: el juego social está paralizado. Y eso se debe a la ruptura de relaciones entre fuerzas sociales y actores políticos en donde cada quien está encerrado en sus propios intereses y alianzas, al margen y de espaldas al conjunto<sup>1</sup>. En consecuencia el cuerpo social ha perdido su organicidad, su capacidad de comportamiento sistémico, su dinamismo proveniente de la comunión de energías. No somos un cuerpo social sino un mosaico de componentes sin cohesión armónica. En consecuencia, es difícil pensar que se pueda gobernar con legitimidad, con capacidad para manejar el conflicto y la disidencia, y con eficacia, cuando hay un desacuerdo profundo en la sociedad que corroe toda sinergia, que impide negociaciones de fondo, que hace más violento el conflicto, que borra horizontes comunes que hacen posibles los esfuerzos y sacrificios que suponen los cambios de conducta.

Por una parte está la fuerza social del descontento y la frustración que se nutre de la crisis económica y del deterioro progresivo del bienestar social. Es una fuerza que se distribuye entre la mayoría de la población, que se expresa en el comentario, el rumor, en la huelga, en la violencia de las relaciones cotidianas. Esa fuerza rompe con las normas establecidas porque de nada sirven, pues no responden a la dinámica más elemental de la sobrevivencia. Está representada en el 47% de la fuerza laboral de la economía informal, en el 11% de desempleados, en el 68, 7% de población que tiene ingresos inferiores al costo de la canasta básica, en la gente que paga las consecuencias de la variopinta gama de huelgas de empleados públicos, en el 80% de los supuestos destinatarios de los beneficios de la ley de política habitacional que no puede recurrir a ella para solucionar su problema de vivienda porque le queda ancha y ajena. Es la gran mayoría de la población que perdió toda posibilidad de mejoramiento en un futuro cercano tanto para ellos como para sus generaciones venideras.

Esta fuerza social busca el cambio, revelándose contra el orden establecido de la élite política tradicional. Se busca el cambio pero sin visión de futuro y con un horizonte hipotecado a los viejos esquemas del populismo en crisis. Un cambio que tiene de fondo el deseo de castigar a la partidocracia tradicional mediante "un sacudón electoral" que entregue el poder a un nuevo mesías. Paradójicamente esta fuerza social está despolitizada porque sigue esperando la transformación mágica de la realidad a través de una intervención externa evitándose el compromiso y el riesgo de construir colectivamente.

Frente a esta fuerza social se ubican dos grandes actores políticos: el conservadurismo del (des)orden establecido y el mesianismo político del cambio. El conservadurismo político del des(orden) establecido busca mantener sus cuotas de poder sobre la base de la estabilidad del orden vigente. Para este actor hay problemas graves que resolver en la sociedad, hasta se reconocen crisis generalizadas a las que hay que poner solución definitiva. Este actor llega incluso a proponer como suyo un discurso político que integra las novedades que en materia de economía, administración pública, concepción del Estado, el rol de la sociedad civil y la participación directa, están funcionando como moneda de circulación universal. Lo que especifica como tal a este actor no es entonces un discurso atrasado con respecto al momento que vive el país, ni la diagnosis que se hace de la actual hora de Venezuela. Es en específico el no reconocimiento de su responsabilidad en las causas de la actual situación. Responsabilidad no sólo pasada sino presente, porque siguen siendo los actores principales de la orientación general de la vida nacional. De allí que se sitúen de espaldas a esa fuerza social que los señala como los culpables del malestar generalizado que se padece.

Estos actores son, aunque no exclusivamente, Acción Democrática y COPEI, aunque este último haya sufrido un proceso progresivo de debilitamiento. Ellos, desde sus cuotas de representación parlamentaria, sus gobernadores y alcaldes, sus burocracias de Estado, sus sindicatos y gremios, sus maquinarias partidistas, sus recursos y sus aliados, han detentado el poder y siguen teniendo una buena cuota del mismo. Sus estrategias electorales pragmáticas, su discurso renovado al lado de sus prácticas tradicionales han contribuido a fortalecer su imagen negativa entre los electores. Su estrategia de sobrevivencia está en presentarse como los salvadores de la democracia, de la institucionalidad de la constitución de 1961, como garantes de la gobernabilidad democrática en una situación de crisis e inestabilidad.

Al conservadurismo se enfrenta el mesianismo político del cambio. El actor privilegiado es Hugo Chávez en alianza con los sectores de "izquierda" tradicionalmente conocidos en el espectro partidista venezolano. El discurso y la imagen de Chávez ha logrado capi-

## **El gobierno juega un peligroso juego espasmódico que se caracteriza por impulsos y no por una política coherente que asegure la estabilidad del próximo período. Los signos del camino indican que seguimos avanzando hacia la ingobernabilidad**

talizar el descontento en forma de intención de voto. Chávez representa el deseo de cambio, la voluntad de castigo a los responsables de la crisis. Hoy por hoy es un polo de referencia obligado en la competencia electoral. Su mensaje está cargado de voluntarismo político, lo cual pareciera eximir de programas, estrategias, alianzas y mecanismos de operativización. El discurso se legitima en la moral republicana bolivariana que se usa apelando al recurso de la ilusión del lenguaje que cree que las palabras significan siempre lo mismo independientemente de los contextos, tiempos y lugares. Este discurso además está en conexión con nuestra ideología patria y nuestro sentimentalismo republicano. "La patria agoniza entre el despotismo y la corrupción. La magna tarea a la que somos convocados todos los republicanos es a restituírle a ella la ética pública perdida, la majestuosidad ultrajada de las leyes, el imperio destruido de la constitución y la honestidad prostituida de los gobernantes".

Sin embargo, aunque frente a Chávez, una buena parte de la población se siente plenamente identificada con su imagen, su novedad, su voluntarismo político y su discurso de cambio y su contenido moral, tampoco este actor político ha entrado en conexión real con sus seguidores. Ha despertado sí su esperanza y su ilusión, pero no ha logrado convertir esa simpatía en movimiento político, en donde ese pueblo consciente de su verdad y de los esfuerzos de conversión cultural que se ve obligado asumir, se asume en sujeto activo del cambio a través de su propio compromiso. Por ello Chávez se ha convertido en un nuevo mesías, en quien se delega el cumplimiento de las expecta-

tivas suscitadas gracias a sus propias capacidades naturales y sus deseos.

Salas Römer quiere competir con Chávez esta posición. Se presenta con cuñas publicitarias novedosas que proponen la idea de un cambio moderno, pacífico y en continuidad con el orden establecido. Esgrime como su aval su experiencia propia de gobierno y su independencia de los partidos políticos tradicionales. También asume la simbología bolivariana y las reminiscencias del caudillismo. Aunque su éxito electoral está todavía muy en desventaja frente a Chávez, su proyección política es también mesiánica y refuerza idea de que la crisis de gobernabilidad se soluciona desde las bondades del presidencialismo, el carisma personal de quien detenta la primera magistratura, sin alianzas y cohesión de todo el cuerpo social.

Otro actor político son las élites intelectuales y económicas. Estos grupos se niegan a asumir plenamente su función de interlocución social, de orientación, de proposición, y aparecen como perplejos ante el miedo que produce la posibilidad de un sacudón explosivo que pueda desencadenar un proceso irreversible de anarquía social y de autoritarismo. Desde su inercia y perplejidad, las élites en general se están haciendo incapaces de percibir la situación anímica de las mayorías. En lugar de entender el trasfondo de sus reacciones políticas se sienten amenazadas y actúan defensivamente, propiciando consciente o inconscientemente un mayor alejamiento social, el conservadurismo político o el regreso al pasado.

Por su parte, la Iglesia Católica y con ella las organizaciones de la sociedad civil se han neutralizado o inhibido en el campo político. La presencia de la Iglesia Católica en muchas áreas de la sociedad y la variada gama de Ong's que ocupan diferentes espacios en la vida nacional tienen capacidad real para ejercer un liderazgo importante en el país tanto frente a la opinión pública en general como frente a los actores políticos específicos que hemos señalado. La respetabilidad y credibilidad de estas instituciones facilitaría una convocatoria de diferentes sectores y pudieran actuar como un catalizador para el diálogo y el consenso. No hacerlo en estos momentos es desperdiciar una oportunidad importante para fortalecer la ciudadanía que desde estas instancias

